

Desafíos del Humanismo Cristiano a la luz de Caritas In Veritate y Aparecida.

Ignacio Saffirio Palma

Sociólogo. Pontificia Universidad Católica de Chile.
Ex Encargado de Formación de Un Techo para Chile.

1.- Introducción: Concilio Vaticano II – misión, objetivos y aportes

Como es sabido, durante la mitad de los años 60 se realizó el Concilio Vaticano II. Esta reunión Episcopal no fue la primera en su especie, ya que había sido antecedida por otras como Nicea (325), Constantinopla (381), Éfeso (449), Calcedonia (451), dos veces Constantinopla (553- 680), Trento (1545) y Vaticano (1869). Sin embargo, ella tuvo la particularidad de buscar “aggiornar” la Iglesia Católica al mundo en el cual se desenvolvía.

De una actitud defensiva y temerosa, ante una modernidad que aparecía como amenazante, la Iglesia Católica se abrió al reconocimiento de Dios en los no cristianos e incluso en los no creyentes (GES 92), valoró positivamente los avances de humanidad que traía la ciencia moderna, se convirtió desde sus pilares fundamentales hacia mayor universalidad y quiso comprenderse como sacramento al servicio de la humanidad toda y de cada hombre en particular (GES 3)

Una de las principales tareas que la Iglesia se auto-impuso, a partir del Concilio Vaticano II, fue la de saber escrutar los “signos de los tiempos” para encontrar la presencia de Dios en el mundo:

“Para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a las perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza.” (GES 4)

El presente documento busca interpretar los desafíos que plantean al Humanismo Cristiano la encíclica Caritas In Veritate del Papa Benedicto XVI y el documento de Aparecida, emanado de la V Conferencia Episcopal de Latinoamérica y el Caribe, entendidos ambos como un intento por leer los signos de los tiempos en el mundo actual.

Nuestra idea central es que ambos documentos comparten la preocupación por la necesidad de gobernar y dar sentido a una globalización que encierra peligros para el progreso auténtico de la Humanidad. Esta preocupación es alimentada por la experiencia de un desarrollo humano parcial, en el caso de Caritas In Veritate, y por la de un continente lleno de injusticias a las que la globalización no parece dar respuesta sino más bien causar, en el caso de Aparecida.

Pero más importante que el proceso de globalización mismo, lo que preocupa en ambos procesos son los fundamentos morales, intelectuales y espirituales que han venido sosteniendo estas transformaciones. El individualismo liberal, la falta de trascendencia, el nihilismo, la competencia como motor del progreso, el hedonismo son todas fuentes culturales de una globalización que podría dirigir su espectacular despliegue hacia la comunión y la fraternidad de la humanidad.

No se trata de una visión pesimista ni trágica de la situación actual, se trata más bien de hacer notar la ambivalencia que estos procesos conllevan: así como el progreso técnico y económico abren oportunidades inéditas para hacer participar a **la** toda la humanidad de los

bienes producidos, también aumentan la escala de los riesgos y daños generados, como por ejemplo, la depredación del medioambiente.

Además de los puntos en común que subyacen en ambos documentos, existen aportes particulares que cada uno de ellos hace desde su propio punto de observación. Naturalmente, Caritas In Veritate -por ser palabras del Sumo Pontífice- tiene un alcance más universal, pero aún así su perspectiva es más cercana a la realidad de una Europa que se ha desarrollado económica y técnicamente, pero que sufre la crisis de sentido producto de la secularización. Está escrita alertando los peligros de un desarrollo parcelado, carente de Dios y sin sentido de trascendencia alguno.

Aparecida, en cambio, pretende aportar lo que —a nuestro juicio— es más distintivo en la Iglesia Latinoamericana: el diálogo intercultural y la opción preferencial por los pobres.

De esta forma, tanto Caritas In Veritate como Aparecida se inspiran en la virtud de la esperanza, para alentarnos en la construcción de un mundo justo, fraternal y solidario y que considere a la persona humana integral como punto de partida y de llegada del progreso.

Finalmente, destacamos lo que a nuestro juicio son los principales desafíos que Caritas In Veritate y Aparecida, en cuanto esfuerzos de fe y razón para escrutar los signos de los tiempos.

2.- Caritas In Veritate: Una visión desde la Europa Sin-Dios

Caritas In Veritate es la tercera y más reciente Encíclica escrita por el Papa Benedicto XVI. En ella retoma el concepto de “caridad”, que inspiró su primera encíclica “Deus Caritas Est”, señalando que “la caridad es la vía Maestra de la Doctrina Social de la Iglesia” (CIV 2) y que ésta, a su vez, es Caridad y la Verdad en la vida social (CIV 5).

Más allá del contenido central de Caridad y Verdad que busca establecer esta Encíclica, nos parece más importante ponerla en perspectiva y preguntarnos desde dónde está hablando su autor. En su primera parte, hace una revisión de *Populorum Progressio*, del Papa Paulo VI, y de ahí toma la idea central del Desarrollo Humano Integral, que no sería otra cosa que aquel desarrollo que “*concierna de manera unitaria a la totalidad de la persona en todas sus dimensiones*” (PP 14). De esta forma, la Iglesia ponía delante de las dos ideologías enfrentadas durante la Guerra Fría, una alerta respecto de los reduccionismos en que ambas incurrieran, al proponer un desarrollo de fundamentos materialistas que encerraban el peligro de la deshumanización. De acuerdo a *Populorum Progressio*, un desarrollo auténticamente humano exigiría no sólo instituciones y condiciones materiales para realizarse, sino que, fundamentalmente, una ética humanista y la apertura a una dimensión espiritual que acogiera el sentido de trascendencia de todas las personas. Como señala Benedicto XVI, el desarrollo no involucra sólo aspectos técnicos; se trata fundamentalmente de un caminar junto a otros hacia un horizonte compartido y definido (CIV 16).

La reivindicación principal, detrás de la noción de Desarrollo Humano Integral, es que no hay desarrollo sin una visión humanista que lo sustente y por ello no se puede prescindir de una “libertad responsable”, de cada persona y de los pueblos. Se enfrenta a modelos de desarrollo que hoy pretenden hacer disponible todo para el ser humano, negando su dimensión trascendente y que, al mismo tiempo, imaginan sociedades que producen bienestar, prescindiendo de la singularidad e integralidad de quienes las componen.

Pero, además de la noción de Desarrollo Humano Integral, el Papa Benedicto recurre al pensamiento de Paulo VI por otra razón, fundamental, para discernir los signos de los tiempos en la hora actual: Que el problema del desarrollo es, desde varias décadas, un problema de escala mundial:

“Pablo VI entendió claramente que la cuestión social se había hecho mundial y captó la relación recíproca entre el impulso hacia la unificación de la humanidad y el ideal cristiano de una única familia de los pueblos, solidaria en la común hermandad. Indicó en el desarrollo, humano y cristianamente entendido, el corazón del mensaje social cristiano y propuso la caridad cristiana como principal fuerza al servicio del desarrollo”. (CIV 13)

En este escenario, la pregunta por la globalización y el análisis de ésta es ineludible para evaluar cuánto hay de verdadero desarrollo en nuestros tiempos, y esa es la tarea que acomete Benedicto XVI en las páginas siguientes. Se trata de un trabajo que aborda diferentes dimensiones y problemáticas del desarrollo: la justicia en el orden mundial, la defensa de la vida, la solidaridad intergeneracional en el cuidado del medioambiente, los riesgos de la entronización de la técnica, el papel de los sindicatos y los estados para controlar una economía financiera que opera a escala supranacional. Sin embargo, queremos destacar dos aspectos que a nuestro juicio recorren el ancho y largo de Caritas In Veritate: el primero de ellos es el gobierno de una globalización, cuyas distintas dimensiones avanzan de manera dispar; el segundo y más importante, es la perspectiva desde la cual Benedicto XVI escribe, esto es, el punto de vista de un observador de la Europa desarrollada.

En estos dos aspectos creemos que radica el principal aporte de Caritas In Veritate, en cuanto ejercicio de escrutinio de los signos de los tiempos que corren hoy en nuestro mundo.

3.- “El estallido de la interdependencia planetaria”

A lo largo de la Encíclica vemos cómo, enfrentado a los distintos problemas de nuestro tiempo, Benedicto XVI destaca la globalización económica-comercial y financiera como elementos que han desequilibrado la balanza del desarrollo humano. La preocupación por el colapso de las redes de seguridad social, las injustas condiciones de intercambio y competencia de los países menos poderosos, las dificultades de las organizaciones sindicales para mejorar las condiciones de los trabajadores, amén de la inestabilidad psicológica producida por la movilidad laboral, asociada a la “desregulación generalizada”, son todos problemas asociados a un capital financiero que ha estimulado y aprovechado las oportunidades tecnológicas de la globalización de manera mucho mayor que los Estados o la sociedad civil organizada.

La dimensión del desarrollo humano que aquí preocupa es la de la justicia social y la solidaridad, ya que, dado el desequilibrio en el que “juegan” en el tablero de un mundo globalizado, las formas de organización social que tradicionalmente proveían justicia, protección y una distribución más equitativa de los recursos, no son capaces (y no sabemos si lo serán en el mediano plazo) de cumplir su tarea. La Doctrina Social de la iglesia ha sido insistente en la incapacidad de los mercados para producir justicia por sí solos y, en el contexto de la crisis económica el Papa nos recuerda que: *“Sin formas internas de solidaridad y de confianza recíproca, el mercado no puede cumplir plenamente su propia función económica.”* Y agrega que *“la economía tiene necesidad de la ética para su correcto funcionamiento; no de una ética cualquiera, sino de una ética amiga de la persona.”*(CIV 45)

Esto, que aparece como un problema nuevo en su magnitud y alcance, convive con problemas que ya han sido denunciados por la Doctrina Social de la Iglesia hace décadas, como el hambre, la mortalidad infantil, el analfabetismo y la violencia. Los problemas de la globalización golpean en la cúspide de los países desarrollados, pero ello tampoco es totalmente efectivo en la superación de los males presentes en el pasado reciente (y no tanto) y que afectan principalmente a los países más pobres y débiles del concierto internacional.

Así las cosas, la consecución de un auténtico desarrollo humano exige, por una parte, osadía y creatividad para poner la globalización al servicio de la persona humana pero, al mismo tiempo, redoblar los esfuerzos de solidaridad internacional para erradicar males ya conocidos por varias décadas y a los que la globalización, tal como la conocemos, no ha podido dar respuesta del todo, cuando no ha contribuido a agravarlos.

Con esto presente, el Papa señala que una sociedad equilibrada en sus poderes tendría Estado, Mercado y Sociedad Civil, pero precisamente el poder político es lo que estaría siendo insuficiente en el avance de la globalización. Más allá de los llamados a propiciar una mayor ética en el ámbito económico y de la empresa, los nuevos problemas de nuestro tiempo, como el fenómeno de las migraciones, los vicios del turismo (sexual) internacional, una cooperación internacional que sirva mejor de lo que se sirve a sí misma y, sobre todo, la depredación ambiental, requerirían de lo que el Papa llama una Autoridad Política Mundial:

“Esta Autoridad deberá estar regulada por el derecho, atenerse de manera concreta a los principios de subsidiaridad y de solidaridad, estar ordenada a la realización del bien común, comprometerse en la realización de un auténtico desarrollo humano integral inspirado en los valores de la caridad en la verdad.” (CIV 67)

Y no olvida la importancia de legitimidad democrática en su constitución cuando agrega que:

“Dicha Autoridad, además, deberá estar reconocida por todos, gozar de poder efectivo para garantizar a cada uno la seguridad, el cumplimiento de la justicia y el respeto de los derechos” (CIV 67)

En síntesis, la globalización actual requiere de mayores herramientas institucionales para poder gobernarse efectivamente en vistas a favorecer el bien de cada hombre y de todos los hombres. Esto nos lleva al segundo aspecto que queremos destacar de esta Encíclica: la ambivalencia fundamental de la globalización y el sentido que ésta requiere para lograr el desarrollo humano integral.

4.- Sentido

No obstante lo anterior, Caritas In Veritate no se basa en una visión pesimista de la globalización, siguiendo a Juan Pablo II (*“La globalización no es a priori ni buena ni mala. Será lo que la gente haga de ella”* (CIV 42)) Benedicto XVI indica que *“A veces se perciben actitudes fatalistas ante la globalización, como si las dinámicas que la producen procedieran de fuerzas anónimas e impersonales o de estructuras independientes de la voluntad humana.”* (CIV 42).

Se trata de reconocer que la globalización y el avance tecnológico abren oportunidades únicas para el desarrollo de toda la familia humana, del cual ya muchos países se han podido beneficiar. Sin embargo, es un proceso en esencia ambivalente, que será orientado según los patrones culturales que predominen al fijar la dirección de su avance. Tal como permite crear riqueza a escalas nunca antes vistas, genera daños en el medioambiente de magnitudes mundiales.

En este punto, Benedicto XVI habla desde su posición como habitante europeo. Situado en una posición privilegiada, advierte sobre los vacíos y peligros que conlleva una concepción limitada del desarrollo.

Resalta los valores de la gratuidad y la experiencia del don, contra la lógica utilitarista; la importancia de la libertad religiosa y su expresión en el espacio público, la pérdida de

sensibilidad personal y social para acoger nueva vida, la advertencia de los peligros que encierra una actitud prometeica frente a la vida, y su brillante penúltimo capítulo sobre los límites y peligros deshumanizadores de una ideología tecnocrática, son prueba de ello. No se trata de que estos temas no sean de relevancia para la humanidad toda, sino que están referidos a los vacíos que la secularización va dejando en muchos países desarrollados, en donde, más allá de la fe cristiana, es la dimensión espiritual toda la que va cercenándose: *“Creerse autosuficiente y capaz de eliminar por sí mismo el mal de la historia ha inducido al hombre a confundir la felicidad y la salvación con formas inmanentes de bienestar material y de actuación social”* (CIV 34).

A nuestro juicio, se trata de una advertencia de los peligros de una colonización por la racionalidad instrumental de todos los aspectos de la vida social, familiar y personal. El Papa enfrenta de esta manera el relativismo y el nihilismo, como los dos riesgos culturales más importantes que afronta la globalización para poder ser auténtica promotora del desarrollo humano integral para todos.

Es, en síntesis, un llamado a preguntarnos por el Sentido profundo que guía las fuerzas hoy desplegadas en el planeta. De ahí el llamado a una orientación humanista, personalista y comunitaria para enfrentar los desafíos del presente hacia el futuro.

5.- Aparecida: El aporte desde Latinoamérica

Algunos años antes de la publicación de *Caritas In Veritate*, la Iglesia latinoamericana se reunió en Aparecida, Brasil, para realizar su V reunión de la Conferencia Episcopal.

Recogiendo la tradición de Rio de Janeiro (1955), Medellín (1968), Puebla (1979) y Santo Domingo (1992), Aparecida buscó los signos de los tiempos en la realidad de nuestro continente tomando, también como dato fundamental, el proceso de globalización.

En efecto, se inicia señalando que la Conferencia *“Se abre paso a un nuevo periodo de la historia con desafíos y exigencias, caracterizado por el desconcierto generalizado que se propaga por nuestras turbulencias sociales y políticas, por la difusión de una cultura lejana y hostil a la tradición cristiana, por la emergencia de variadas ofertas religiosas, que tratan de responder, a su manera, a la sed de Dios que manifiestan nuestros pueblos”* (DA 10).

Este desconcierto se produciría por el proceso de fragmentación de la vida social y de la experiencia personal que ha traído la globalización en nuestro continente y haría más urgente la labor de “percibir la unidad” de estos fragmentos dispersos.

Cumplir la tarea impuesta por el Concilio Vaticano II nos presenta otros dos aspectos que serían, a nuestro entender, el aporte más propio de la Iglesia latinoamericana a la comprensión de las urgencias del mundo actual.

Por una parte, y siguiendo la línea de lo establecido en Puebla, un renovado compromiso de la Opción Preferencial por los pobres. Por otra, y en concordancia con Santo Domingo, la valoración evangélica de la riqueza que nos entrega la diversidad cultural de nuestro continente y la irrenunciable labor de dialogar con los sujetos de sus múltiples expresiones.

6.- Opción por los pobres

Aparecida renueva y resignifica (Bonavía, 2007) la opción por los pobres. Esto, que ya venía siendo establecido desde Medellín y Puebla y cuyos fundamentos fueron ratificados por el Papa Benedicto XVI (DA 393).

Renueva, porque ratifica que la Iglesia está con los que más sufren en nuestro continente; porque hace suyo el dolor de los excluidos de nuestras sociedades:

“Es necesaria una actitud permanente que se manifieste en opciones y gestos concretos, y evite toda actitud paternalista. Se nos pide dedicar tiempo a los pobres, prestarles una amable atención, escucharlos con interés, acompañarlos en los momentos más difíciles, eligiéndolos para compartir horas, semanas o años de nuestra vida, y buscando, desde ellos, la transformación de su situación.”(DA 397)

Pero también resignifica porque amplía los rostros de esta pobreza. Ve en el continente actual la situación de las mujeres, de los indígenas, de los explotados por el turismo sexual, las víctimas de la violencia política, de los migrantes y excluidos de las grandes urbes (entre muchos otros) nuevos rostros donde Cristo se hace presente.

En lo estrictamente económico, Aparecida denuncia: *“La actual concentración de renta y riqueza se da principalmente por los mecanismos del sistema financiero. La libertad concedida a las inversiones financieras favorecen al capital especulativo, que no tiene incentivos para hacer inversiones productivas de largo plazo, sino que busca el lucro inmediato en los negocios con títulos públicos, monedas y derivados.” (CA 69)* Toda vez que denuncia aquellos aspectos que no contribuyen a la solución de los problemas más urgentes, como el acceso a bienes básicos de subsistencia. La dinámica económica que estimula la globalización actual *“nos debería llevar a contemplar los rostros de los que sufren” (CA 65)* puesto que *“Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y opresión, sino de algo nuevo: la exclusión social. Con ella queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está abajo, en la periferia o sin poder, sino que se está afuera. Los excluidos no son solamente “explotados” sino “sobrantes” y “desechables”.” (DA 65)*

Si bien la resignificación de la Opción por los Pobres tiene mucho que ver con las consecuencias perversas de la globalización económica, no es menos urgente en el ámbito de la cultura. De hecho, Aparecida alerta sobre los riesgos que tiene para esta Opción el consumismo individualista que lleva al olvido del otro. (DA 397)

En este sentido, los efectos económicos y sociales de la globalización, que han generado pobreza y exclusión en América Latina, hacen más urgente la prevalencia de los valores de solidaridad, hermandad y fraternidad, para que éstos permitan una acción transformadora profunda en nuestro continente. En consecuencia, Aparecida llama a sustituir una globalización que estimula el lucro a cualquier costo, llevando a la concentración de poder y riqueza, por una política global que contemple los valores de justicia, solidaridad y respeto por los Derechos Humanos.

7.- Diálogo intercultural

Tal como se estableció con fuerza en Santo Domingo, Aparecida señala que la diversidad de culturas (indígena, afroamericana, campesina, suburbana, mestiza, interreligiosa) constituye un patrimonio que enriquece a nuestro continente. En todas ellas habría algo de Dios, y elementos positivos con los que la Iglesia latinoamericana ha sabido dialogar. Lo anterior ha enriquecido a todas las partes involucradas en dicho diálogo.

El fenómeno de la globalización implicaría más bien el riesgo de la imposición cultural, más que por la potencial supresión de estas culturas e identidades, por la dificultad (producto de la fragmentación) de producir una síntesis cultural concordante con los valores cristianos.

Lo propio de esta “especie de nueva colonización cultural” sería:

“la autorreferencia del individuo, que conduce a la indiferencia por el otro, a quien no necesita ni del que tampoco se siente responsable. Se prefiere vivir día a día, sin programas a largo plazo ni apegos personales, familiares y comunitarios. Las relaciones humanas se consideran objetos de consumo, llevando a relaciones afectivas sin compromiso responsable y definitivo.” (DA 46)

La tradición de la Iglesia latinoamericana ha sabido encontrar y valorar cuanto viene de Dios en las distintas culturas con las que ha dialogado, generando síntesis de altísimo valor en la religiosidad popular: *“La apertura a la acción de Dios por los frutos de la tierra, el carácter sagrado de la vida humana, la valoración de la familia, el sentido de solidaridad y la corresponsabilidad en el trabajo común, la importancia de lo cultural, la creencia en una vida ultra terrena”* (DA 93), serían todos elementos de distintas tradiciones que enriquecen la vida de nuestro continente, con miras al desarrollo humano integral.

Los patrones del consumo, el éxito, la competencia y el individualismo producen desarraigo pero, por sobre todo, conllevan un riesgo para nuestra vida en sociedad, el respeto del prójimo y las identidades más profundas. Estos patrones devienen insuficientes como guías para el verdadero desarrollo:

“Asumir la diversidad cultural, que es un imperativo del momento, implica superar los discursos que pretenden uniformar la cultura, con enfoques basados en modelos únicos.” (DA 59)

Esta unidad tiene en la base ciertos criterios comunes y que deben alentarse y difundirse, pues no se trata de un diálogo que construye verdad, sino que permite acercarnos con y más allá de Jesucristo (Suess 2008, P. 213). Tal como señaló Puebla, se trata de un diálogo que tiene *“(…) exigencias de lealtad e integridad de parte de ambos interlocutores”* (P 1114)

En este sentido, Aparecida hace un aporte significativo al discernir, dentro del proceso de globalización, el riesgo de la homogeneidad en una cultura ajena, cuando no hostil, a los valores cristianos. Su propia tradición de diálogo intercultural e interreligioso, nos pone en perspectiva el hecho de que un verdadero desarrollo humano no anulará la diversidad, sino que la hará dialogar como método clave para acercarnos a la verdad, integrando las identidades de cada cual.

8.- Conclusiones: Desafíos para el Humanismo Cristiano

Caritas In Veritate y Aparecida representan dos ejercicios de distinto origen, pero convergentes para escrutar los signos de los tiempos actuales y, en consecuencia, nos marcan una hoja de ruta respecto de cuáles son los desafíos que tiene el humanismo cristiano hoy.

En nuestra lectura de ambos documentos queremos destacar cuatro desafíos que nos parecen primordiales para poder conducir la globalización, de manera que sea herramienta efectiva de progreso, paz, justicia, libertad y fraternidad, es decir; de auténtico desarrollo humano.

Diversidad, tolerancia y pluralismo

Sin duda, los problemas asociados a la globalización que señalan Caritas In Veritate y Aparecida requieren de acciones proporcionales de la misma escala que los origina. Acciones que permitan subordinar los mercados financieros internacionales a valores de justicia, equidad y respeto por los Derechos Humanos requerirán de mucho diálogo y amplios consensos, así como esfuerzos de solidaridad internacional y local en todos los países del mundo.

Sería un error reducir estos problemas a un conflicto entre valores cristianos enfrentados a la post-modernidad. No sólo porque delata una comprensión errada de la magnitud del problema, sino también porque desprecia los aportes de otras tradiciones humanistas en un problema común y, por tanto, resta y aísla en tiempos en los que debemos sumar y convocar.

El repliegue entre los iguales, la adopción de una identidad defensiva ante la situación del mundo actual (que sin duda es una tentación de muchos) va en una dirección exactamente contraria a la que el humanismo cristiano debe tomar. El desafío de esta opción es, tal como señala la Iglesia latinoamericana, distinguir qué hay de Dios en las culturas con las que convivimos. Qué pueden aportar a otras tradiciones para encaminar la globalización hacia el auténtico desarrollo humano.

Es necesario entonces volver a preguntarnos acerca de si existen valores intrínsecos en la diversidad, cuál es el papel del pluralismo y qué debemos simplemente tolerar en nuestras sociedades. Aquí hay mucho camino por recorrer, pero parte del diálogo, fe y razón al que nos exhorta el Papa Benedicto, así como la tradición de diálogo intercultural e interreligioso de la Iglesia latinoamericana, son señeros en la dirección que debemos tomar.

¿Por quién optar hoy?

El segundo desafío que presentan ambos documentos es el de saber discernir dónde tenemos que estar hoy. Como señalamos más arriba, la opción por los pobres es una orientación fundamental en el pensamiento humanista cristiano, pero debe ser revisada constantemente para saber distinguir “al pobre” en los distintos momentos de la historia.

Un aporte muy importante de ambos documentos es entender que no es posible impulsar soluciones a la pobreza sin considerar a la persona como protagonista de su propio desarrollo. Los aspectos estructurales (como el crecimiento económico) son condición necesaria pero nunca suficiente para sacar a una persona de la pobreza. De hecho, la idea misma de “sacar” a alguien de la pobreza encierra una comprensión anti-humanista del problema.

El desarrollo armónico de cada persona y de sus comunidades de pertenencia son fundamentales: más que mirar la pobreza debemos buscar el potencial de riqueza que está en cada una de las comunidades más excluidas de nuestro mundo, pero para encontrar esta riqueza, Aparecida indica el camino:

“Sólo la cercanía que nos hace amigos nos permite apreciar profundamente los valores de los pobres hoy, sus legítimos anhelos y su modo propio de vivir la fe. La opción por los pobres debe conducirnos a la amistad con los pobres.” (DA 398)

Como señala Gustavo Gutiérrez, la amistad es necesaria para la verdadera solidaridad y un verdadero compartir (Gutiérrez, 2008).

Pero esta necesidad de estar ahí implica un desafío adicional: la resignificación y los nuevos rostros de pobreza que se han ido generando en el contexto de la globalización. En este sentido, quizá la palabra “pobre” puede inducir a la confusión, o al menos encierra el

riesgo de no abarcar la totalidad de realidades en las que debiéramos estar. En este sentido la opción por los pobres, para ser fecunda, exige optar CON ellos.

Por otra parte, las distintas realidades de migrantes, refugiados, mujeres, indígenas, presidiarios, campesinos y una clase media muchas veces agobiada, nos hacen pensar que no es estrictamente su pobreza lo que llama la opción preferente, sino más bien su debilidad, exclusión y muchas veces opresión. Quizá no contamos hoy con una denominación común que agrupe los dolores y sufrimientos comunes de estas personas, pero debemos estar atentos a estar ahí, teniéndolos siempre como prioridad en la consecución de justicia social.

Esto se hace más delicado en el contexto latinoamericano actual, donde los procesos de modernización y aumento de riqueza hacen convivir estos nuevos rostros de pobreza con una demanda (muchas veces legítima) de aquellas grandes masas que sí han logrado beneficiarse de los provechos, principalmente materiales, de esta modernización. Tendremos que saber llevar a cabo ambas tareas, pero sin perder de vista dónde estamos llamados a actuar prioritariamente.

¿Qué ocurre con cada persona?

En su más reciente trabajo “Retrato de la sociedad chilena y sus individuos”, Kathya Araujo y Danilo Martuccelli se preguntan si se ha logrado constituir en Chile un sujeto neoliberal. Esta pregunta es de vital importancia, pues alerta sobre los riesgos de una globalización económica y técnica desplegados sobre cada persona en particular.

Si observamos con estos autores el caso chileno de acelerada modernización capitalista (que si bien es pionero, no es exclusivo), sea cual sea la valoración que tengamos de este hecho “(...) *de manera más o menos enfática, la mayor parte de las interpretaciones han insistido en que esta matriz ha propendido a la formación de lo que hemos querido llamar aquí el homo neoliberal*”. (Araujo y Martuccelli 2012, p. 29)

La producción de individuos afines y funcionales a este tipo de modelo social tendría como eje central (y pese a no ser el único aspecto, sí creemos que es el más universalizable) la primacía de los valores de competencia y éxito individual, que se verificarían en la integración social vía consumo y otros valores monetarios. (Araujo y Martuccelli 2012).

Como es de esperar, los efectos son diversos, y la modernización chilena encontró en los ámbitos de la cultura barreras inesperadas. A lo largo de su trabajo se va narrando cómo los relatos únicos no logran imponerse totalmente y se van produciendo estrategias, a veces colectivas, a veces individuales, de resistencia. A nuestro entender, la expresión de resistencia más radical y masiva han sido los movimientos estudiantiles de la última década, quizá no tanto como signo de “derrumbe del modelo” sino más bien como una reacción contra los aspectos materialistas y deshumanizantes de nuestro modelo educativo (y social).

El desafío para el pensamiento humanista cristiano, entonces, radica en tomar estos aspectos y discernir cuáles son los espacios de resistencia o de generación de alternativas a la producción de este tipo de individuos. Debemos tener presente que una opción humanista cristiana, en este contexto, se moverá como una tradición contra-cultural, que deberá promover sus ideas y valores en un marco estructural que apunta hoy en la dirección -la mayoría de las veces- opuesta.

Creatividad e innovación para nuevas respuestas

Los tres desafíos específicos antes planteados llevan necesariamente a un cuarto que los agrupa a todos. En un mundo en constante cambio y en el que probablemente nunca

dejaremos de sentir que estamos pasando de una época a otra, la creatividad y la innovación son herramientas clave. Esto, que el lenguaje y la cultura empresarial tiene asumido hace ya bastante rato, no parece ser tan evidente en el mundo de las tradiciones culturales e intelectuales. No se trata de la vanguardia por la vanguardia, ni de estar produciendo modas, se trata más bien de movernos con mayor velocidad y desafiar los límites de nuestras propias tradiciones.

Los tres desafíos antes mencionados llevan implícitas preguntas a las cuales debemos dar respuestas nuevas: ¿Desde dónde formamos una dimensión ética y valórica diferente? ¿Cuáles son los espacios donde practicamos y promovemos la solidaridad, la fraternidad, la igualdad? ¿Cuál es el rostro de los más pobres y cómo lo servimos de mejor forma? ¿Cuáles son las grandes reformas que harán caminar nuestras sociedades hacia un auténtico desarrollo? ¿Con quiénes contaremos como aliados en esta tarea?

Todas estas son preguntas de primera importancia y sus respuestas deben considerar marcos de acción y diálogo más amplios, medios tecnológicos cada vez más eficientes, volver a las fuentes de nuestra propia tradición y, sobre todo, esperanza en que es posible construir un mundo más humano, justo y fraterno.

Aparecida y Caritas In Veritate nos muestran cómo estamos siendo desafiados desde múltiples frentes; nos indican problemas antiguos y nuevos para el humanismo cristiano; buscan salvar lo que hay de desarrollo y lo que hay de miseria en muchas dimensiones. Pero todo ello se hace bajo la convicción que Benedicto XVI señala en los últimos capítulos de su Encíclica, esto es que *“No hay desarrollo pleno ni un bien común universal sin el bien espiritual y moral de las personas”* (CIV 76).

Finalmente, debemos tener conciencia de la importancia de esta tarea y del aporte insustituible que puede hacer el humanismo cristiano en la conformación de un arco cultural, social y político que pueda llevar a la globalización y los destinos de la humanidad hacia una época de verdadero desarrollo para cada persona y para todas las personas. Compartimos plenamente que nuestro principal aporte está dicho a modo de conclusión de Caritas In Veritate y, es ahí, donde tenemos que buscar los espacios para servir mejor al mundo:

“Sólo si pensamos que se nos ha llamado individualmente y como comunidad a formar parte de la familia de Dios como hijos suyos, seremos capaces de forjar un pensamiento nuevo y sacar nuevas energías al servicio de un humanismo íntegro y verdadero. Por tanto, la fuerza más poderosa al servicio del desarrollo es un humanismo cristiano, que vivifique la caridad y que se deje guiar por la verdad, acogiendo una y otra como un don permanente de Dios.” (CIV 78)

Bibliografía

Benedicto XVI (2009). Carta Encíclica “Caritas In Veritate”.

Paulo VI (1965). Constitución Pastoral Gaudium Et Spes: Sobre la Iglesia en el mundo actual. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (2007). Aparecida. São Paulo. Brasil.

Gustavo Gutiérrez (2008). “Aparecida: la opción preferencial por el pobre”, en V Conferencia de Aparecida: Renacer de una esperanza. Edebé. Santiago de Chile.

Paulo Suess (2008). “Misión, el paradigma-síntesis de Aparecida”, en V Conferencia de Aparecida: “Renacer de una esperanza”. Edebé. Santiago de Chile.

Araujo & Martuccelli (2012). Desafíos Comunes: Retrato de la sociedad chilena y sus individuos. Tomo I. LOM. Santiago de Chile.